

- 41 -
Alberto Masferrer

Una vida en el Cine

El buitre que se tornó calandria



J. García Monge, editor
San José de Costa Rica, R. C.
1922

EL BUITRE QUE SE TORNÓ
CALANDRIA

*A Ernesto Montenegro
y a Carlota de Montenegro,
fraternales amigos.*

I

HACE cuatro años, cuando los terremotos de junio, o sea los que designamos usualmente con el nombre de *El primer terremoto*, me ausenté de San Salvador algunos meses, para mientras la vida se normalizaba aquí algún tanto, y permitía la continuación de mis trabajos, tan difíciles fuera de un gran centro de población.

Cuando regresé, a los seis meses, pude encontrar, no sin dificultad, una casa grande, bastante arruinada, con dos extensos patios donde los escombros se amontonaban todavía. El barrio en que se hallaba situada esta casa, es uno de los más solitarios de San Salvador; calles y edificios tienen ahí ese aspecto de los lugares viejos y estacionarios, donde ninguna cosa se renueva y donde parece que todo, hasta el ruido, flota en un ambiente de quietud desolada y soñolienta. Con los estragos de los temblores, aquella desolación aumentó hasta el grado de simular,

en plena ciudad, la impresión de una aldea remota, olvidada y muriente.

Dos niños, uno de nueve años de edad y otro de once, que vinieron conmigo como pupilos, y que llegaban por primera vez a la capital, hallaron en el desierto y arruinado caserón, motivos de juegos, de aventuras, de sueños y de supersticiones, bastantes para que su fantasía les diera la ilusión de hallarse en el más remoto y extraño de los países.

En el traspatio, los tapiales se hallaban derruidos o cuarteados y las paredes hendidas o desplomadas; las vigas y horcones se entreveían a través del varillaje, como los huesos enormes de un monstruoso animal antediluviano; las tejas, lanzadas a lo lejos y hechas trizas al caer sobre las piedras, salpicaban el piso de extrañas esquirlas; montones de adobes y de ladrillos machacados o deformados, recordaban la violencia de las sacudidas, y todo ello formaba un conjunto singularmente caótico y extraño.

En el fondo, bajo de una galera casi toda sin techo, un grande horno mostraba sus negras y ahumadas entrañas, a través de sinuosas grietas que iban y venían sobre sus paredes resquebrajadas y polvorientas. La

tronera de este horno se hallaba tapiada enteramente por trozos de ladrillo y de teja; la boca, a medio obstruir por los ripios desprendidos de la bóveda, dejaba penetrar una luz dudosa, que se disolvía allá adentro al chocar con los ripios esparcidos por todas partes.

Hierbas tímidas y rastreras comenzaban a revestir, con una verdosidad apagada, las cicatrices, roturas y oquedades de los escombros, y lejos, opuesto al horno arruinado y sombrío, un granado, como una estrella misericordiosa, hacía flamear sus encendidas flores sobre la lóbreguez y la melancolía de las ruinas.

De fuera, al otro lado de los tapiales, de un hondo patio vecino, un motor—quien sabe a qué trabajo destinado—nos enviaba su roncar estridente y monótono, que parecía surgir de las profundidades del suelo, y ascender jadeante, por entre las grietas y los escombros, en busca del aire y de la luz.

II

PASADOS los primeros días después del terremoto, el propietario de la casa atendió a revisar los techos, trastejando en los sitios de más urgencia, y una vez seguro de que no caerían goteras, cerró la casa, en espera de ocasión más propicia para repararla seriamente. Así cuando yo la tomé en arriendo, a condición de hacer yo mismo las reparaciones, a cuenta de alquileres, toda ella tenía el aspecto lamentable de los edificios abandonados, en los cuales el tiempo va consumando día a día los estragos de la naturaleza o del hombre.

Lo más triste, desolado y ruinoso era el ancho traspatio, constelado de grietas y escombros, semejaba un paraje solitario, sembrado de rocas desnudas y polvorientas, donde sólo se aventuraban a vivir los ciempiés, y donde el silencio era sólo interrumpido por los resoplidos del motor fatigado y monótono.

Tan completa era esta ilusión de soledad agreste y salvaje, que una *zopilota*, tomando

la oquedad del horno por una gruta abierta en una roca, puso ahí sus huevos, que luego se consagró a empollar, con tal seguridad y sosiego cual si se hallara en el corazón de una montaña.

Al llegar nosotros, el animal se mostró un tanto amedrentado; pero venció el instinto de la maternidad, y como yo prohibí severamente el acceso al traspatio a todos, salvo a la cocinera, y ésta no iba sino a la cocina, al lado opuesto y bien lejos del horno, la zopilota recobró su tranquilidad y siguió calentando sus huevos. Los dos niños, no obstante su natural e imperiosa curiosidad, consintieron en no acercarse al horno, por interés de conocer a los polluelos, difíciles de ver en esa edad, aun para los mismos campesinos.

Se sabe que tales buitres—*zopilotes*, como les decimos aquí, o *auras*, como les llaman en otros pueblos de América—aunque muy familiares, al grado de parecer domésticos, siempre que se trate de recoger los desperdicios de las cocinas y de pillar los cadáveres de los animales caseros, son recelosos y salvajes cuando se trata de colocar sus nidos y de cuidar sus crías. Anidan en los acantilados, en parajes casi inaccesibles. Los pichones

reciben ahí su ración de carroña, y ahí permanecen hasta que pueden volar bastante y buscarse por sí mismos la vida. Gentes del campo, que han logrado apoderarse de algunas crías, dicen que son enteramente blancos, que no despiden ningún olor desagradable, y que parecen singularmente bonitos y graciosos.

Con la perspectiva de saber la verdad, los niños, la sirviente, y yo mismo, nos empeñamos en mantener en el traspatio un ambiente de soledad y de silencio, que permitiera a la madre continuar su trabajo con entero sosiego. Otra cosa que vino a quitarle todo sobresalto, si alguno le quedaba, fué que, en busca de las piltrafas, huesos y otras sobras que la cocinera arrojaba en el suelo, comenzaron a bajar otros zopilotes, según ocurre en todos los traspacios de nuestras casas, y con eso la zopilota se halló en una tranquilizadora compañía.

Los días fueron así pasando, lentamente, en espera nosotros de que terminaran las vacaciones, apenas comenzadas; pues sucedía esto a fines de octubre, y las clases no debían abrirse antes de la segunda semana de enero. Teníamos tiempo suficiente para ver a los buitrecitos salir del cascarón, emplumar, ver a la madre alimentándolos y llevándolos a recibir el sol; educándoles, en fin, hasta el momento en que fueran capaces de bastarse a sí mismos.

Una tarde, sería esto como a los diez días de habernos instalado en la casa, los niños vinieron a decirme que dos zopilotes habían peleado en el traspatio casi todo el día, con un encarnizamiento extraordinario. Que de tiempo en tiempo interrumpían la lucha, para descansar, y que luego la reanudaban furiosos; de tal manera que toda la jornada había transcurrido en una serie interminable de combates. Parecía que el motivo de la riña fuera el empeño de acercarse uno de ellos al horno,

y el otro alejarle de ahí, y arrojarle del traspatio.

Naturalmente, yo no le dí ninguna importancia al suceso. Recordé a los niños la conocida glotonería de los zopilotes y la porfía con que se disputan las piltrafas; el espectáculo, asaz repugnante, cuando uno de ellos logra engullirse el extremo de alguna tripa, y otro viene y se traga el otro cabo, y comienza a tirar cada uno para sí, como niños que jugaran tirando de una cuerda; cómo, apenas un pobre caballo muere en el campo, caen sobre él ansiosos, y en su ciega voracidad meten la cabeza hasta el cuello en todos los orificios del cadáver, devorando y tragando con tanta prisa y arrebató, como si una abstinencia de años les aguijoneara el apetito; les hablé de no sé qué más escenas grotescas y repelentes en que actúan esos animales que, en verdad, me habían parecido siempre, no obstante los grandes servicios que nos prestan, las más despreciables criaturas entre los vivientes. Verdaderamente, me eran antipáticos esos engullidores de inmundicias. Me enojaba, sobre todo, ver con qué agilidad, rapidez y aguante cruzan el cielo, manchándole con sus negras siluetas,

e inficionando las puras regiones de la atmósfera con el vaho pestilente de sus hediondos cuerpos. No sabría decir por qué no armonizan en mi pensamiento las ideas de vuelo con las de suciedad y hartazgo. A ser yo el autor de la Vida, no habría consentido el maravilloso don de las alas más que a los cisnes, a las oropéndolas, a los ruiseñores, a las azucenas y a las rosas.

Esta natural e invencible antipatía se me hizo más profunda, leyendo a Schopenhauer, quien afirma no ser las aves sino reptiles que transformaron sus escamas en plumas, por la virtud omnificaz de una aspiración constante y fervorosa. Fué la voluntad esforzada y persistente la que obró, según este filósofo, el milagro de que les nacieran alas en los flancos a las míseras bestias de los pantanos. Si el murciélago y el vampiro no alcanzaron hasta el plumaje sería porque su voluntad desfalleció, o porque su aspiración no supo elevarse bastante allá del suelo.

Los demás sí triunfaron excelsamente, por la eficacia todopoderosa de su aspiración invencible. Durante un millón de años se estarían, sumergidos sus cuerpos en el lodo pero con la cabeza en alto, fijos los ojos en

el azul, pidiendo en una plegaria muda e intensa al Dispensador de toda gracia, que les otorgara salir de su abominación, ascender a lo alto y surcar el espacio, como las brisas, como las nubes, como las estrellas errantes...

Y, pensaba yo, cada vez que volvía esta doctrina seductora: ¿no es la mayor vileza que estos zopilotes, como todos los buitres, hayan deseado, impetrado y obtenido el vuelo, únicamente para descubrir más y con más presteza la carroña de que se nutren? Porque, sin duda, ese fué su único pensamiento: hartarse sin esfuerzo, y no contemplar de más cerca los esplendores de la aurora, ni la clámide glauca del océano, ni las cimas de los volcanes coronándose de violetas a la caída de la tarde. De no ser así, habrían perdido su negruzco ropaje, que denuncia el color de los infectos lodazales; su mutismo de reptiles no se habría trocado en ese graznido opaco y monótono, inepto aun para servir de lenguaje a una piedra, sino en alguna voz melodiosa, cual deben tenerla todas las criaturas de corazón ingenuo; y su hábito de alimentarse de podredumbres, se habría cambiado en afición a nutrirse de cosas limpias

y fragantes, o por lo menos vivas y sanas, como lo entendieron y hacen el halcón y el águila. Pero en nada semejante soñaron: su fe rastrera y su voluntad oscura de bestias nacidas para el cieno no quisieron desprenderse del cieno enteramente, sino verle de arriba con ávidos ojos penetrantes, y bajar raudamente a donde se hallara el festín nauseabundo.

Y eso se les dió... porque sólo eso merecieron.

IV

CON estos sentimientos tan adversos, que aun ahora no siempre logro dominar, se concibe todo lo que diría a los niños como explicación de la encarnizada batalla de los zopilotes. Pero ellos, que conocían tanto como yo o mejor aun, las costumbres de esos animales, por haberles visto en los campos veces innumerables, me aseguraron que no siempre la causa de sus riñas eran las piltrafas: que más de una vez les habían visto reñir con insistencia en sitios donde no había resto ninguno de cadáveres, ni cosa alguna que pudiera excitar su apetito.

—Es que deben ser muy rencorosos, expliqué, y el recuerdo de una lucha ocurrida ayer por una piltrafa, les habrá incitado a reanudar su torpe contienda. ¿Qué vicio ni condición perversa habían de faltar en tan viles criaturas?

Como los niños no tenían en que ocuparse, se pasaban las horas espiando a través de una persiana el horno en que la zopilota

calentaba sus huevos, y así podían fácilmente notar cuanto sucediera en el traspatio. Ellos y la vieja sirviente que nos hacía la cocina, fueron testigos acuciosos de los sucesos que vengo refiriendo.

Al otro día, a la hora del almuerzo, los muchachos abordaron de nuevo el asunto: los dos zopilotes habían reñido desde las siete de la mañana, separándose de tiempo en tiempo, rendidos de cansancio, y volviendo luego a combatir con mayor saña.

—Y seguirán así, repliqué, mientras ña Juana siga con la sucia costumbre de tirar las sobras al suelo, en vez de echarlas al tarro de basura. Además, no es probable que sean los mismos de ayer, sino otros, pues todos ellos se pelean obstinadamente por la única cosa que les mueve, que es hartarse. Son insaciables.

Los niños no contestaron nada a mis observaciones, que sin duda hallaron pertinentes: mas otro día por la tarde volvieron sobre el mismo tema, declarando el mayor, *que estaba seguro de que los zopilotes combatientes eran los mismos*. Los había observado cuidadosamente, y logró descubrir que *uno de ellos* conservaba un viejo trozo de golilla, que los

chicos' de la calle le habrían colgado hacía tiempo: y *el otro*, añadió con tono de triunfo, tiene *cuto* el dedo pequeño de la pata derecha; le falta el pedazo desde la propia raíz de la uña».

—Y yo, intervino el menor, he conseguido con ña Juana, que arroje todos los desperdicios al tarro de basuras, y yo mismo la estuve vigilando para que no echara nada en el suelo. Desde ayer a la una de la tarde no ha caído ahí ni un grano de arroz. Así es que no pelean por la comida.

• La cosa comenzó a interesarme, y me decidí a observar a mi vez. Los niños, cuya curiosidad se hallaba ya excitada en extremo, no dejaban su puesto detrás de la persiana, y la cocinera, desde la ventanilla de su cocina o tras de la pila del lavadero, ayudaba a completar o a corregir las observaciones de aquéllos. Las mías, repetidas muchas veces, de mañana y de tarde, en tres días seguidos, me convencieron de que, efectivamente, los zopilotes que peleaban eran los mismos; de que no reñían por motivo alguno de glotonería; de que los demás zopilotes, no hallando nada que pillar en el patio, se habían retirado, dejándolo enteramente libre, y

convertido en campo de batalla de los furibundos y celosos rivales.

Pues, seguramente, *eran dos rivales* los que, por amor de la hembra que empollaba en el horno, luchaban a muerte desde ya cinco días, sin acordarse de buscar el sustento, ni de nada que no fuese el desahogo de su cólera y el afán de su venganza.

EN la mañana del sexto día pudimos ya advertir que el fin de la lucha se acercaba. Uno de los dos era notoriamente el más fuerte: el que tenía una uña amputada, y que, según ña Juana —que presenciara el comienzo de las hostilidades— debía ser el padre de los polluelos, «porque había llegado al traspatio antes que el otro, y hasta había entrado una vez al horno, mientras la zopilota salía en busca de comida». Fuera ello cierto o no, era visible que el otro era algo más pequeño, más débil; que su rival comenzaba a dominarle manifiestamente, y que el primero tendría por fuerza que abandonar el campo.

En la tarde de ese mismo día se confirmó lo que todos habíamos previsto. El más débil, tras de un porfiado encuentro, salió huyendo, a posarse en un techo cercano, donde, alicaído, cabizbajo, mortecinos los ojos y el pecho jadeante, se aliviaba de un cansancio mortal.

Pensamos que no volvería, y que la funesta

contienda había terminado. Pero una hora después, de un vuelo se lanzó el vencido en busca de su odiado rival, y la lucha se reanudó furiosamente.

Pelearon ciegos, alocados de ira, desgarrándose con uñas y pico, aturdiéndose con formidables aletazos, abrasándose con el aliento y con los ojos... y otra vez el vencido de antes hubo de abandonar la liza, para ir a cobrar fuerzas con que volver a la desesperada refriega...

La noche impuso tregua al loco afán de rabia y exterminio.

Yo ordené, por si tal vez al otro día recomenzaban, que no les dejaran pelear más. Los niños comprendieron que era obra de piedad impedir aquella lucha cruel e inútil, en que uno de los contendores salía siempre derrotado, y se propusieron separarles a toda costa.

El sétimo día fué, como el anterior, una serie de combates en que el vencido de la víspera llevaba siempre la peor parte. Y aunque los niños y la cocinera se empeñaron repetidas veces en separarles, era inútil empeño, pues aunque huyeran o se apartaran mal de su grado, apenas les dejaban libres se

agarraban de nuevo con una saña que era verdaderamente ciega y sorda.

Pero los encuentros duraban menos cada vez. El más pequeño, que ya casi no podía luchar, se veía obligado a retirarse con más y más frecuencia, para cobrar algunas fuerzas. O tal vez, simplemente, *para fortalecerse en su resolución de morir...*

El otro sería indudablemente el victorioso; ya lo era. Tenía la ventaja de la fuerza física; tenía la fuerza moral que le daban los triunfos anteriores; tenía, por ventura, el derecho, si como pensaba la cocinera, era el padre de los futuros buitrecitos. Enteramente seguro de sus fuerzas, se alejaba él también a buscar alimentos, cuando el otro, extenuado, agobiado, salía huyendo en busca de confortación y descanso.

Sin duda esta lucha insensata acabaría pronto: algunas horas más, algunas locas tentativas del aferrado e infeliz rival, y tendría que huir de una vez y para siempre ya, so pena de que el hambre, los golpes, la fatiga y la angustia pusieran fin a su obstinación y a su vida. Lo mejor era dejarlos que libremente decidieran su enconado conflicto, pues así se acabaría más pronto.

Dejamos, pues, de contrariarles, y los niños se limitaron a verlos, a ratos solamente; que ya el espectáculo se les iba volviendo cansado y repulsivo.

VI

Lo trágico de aquellas dos vidas luchando desesperadamente una contra otra, sin más anhelo que destruirse; lo siniestro de aquellas dos fieras aladas, peleando sin descanso en medio de ruinas y escombros, olvidadas del hambre y de la sed, *porque lo que únicamente sentían era hambre y sed de matar...* no eran ideas que pudieran surgir en la mente de dos niños y de una vieja criada ignorante; sino, tal vez, de manera oscura e indistinta, que no llegaría quizá nunca a formularse con palabras.

Mas, para mí, al contrario, la tragedia se revelaba ahora con precisos contornos. La máscara pétrea del Destino, que es quien prepara, combina y dirige todos los dramas de la vida del hombre, aparecía también en esta lucha entre dos almas inferiores. Su severo gesto y sus ojos de hielo decíanme que ahí, en el alma de aquellos viles engullidores de fetideces, viles entre los viles, bullía, se agitaba y estallaba, lo mismo que en el

alma del hombre, la llama agostadora de la pasión, que todo lo devora y consume...

Luchaban ante mis ojos, tenaces, obstinados, implacables, sordos y ciegos, sin piedad ni misericordia, los celos, la venganza, el orgullo, y el desesperante y salvaje amor... y me parecía que los dos negros, alocados, y ya casi inconscientes animales que tan ansiosamente se buceaban la sangre y la vida, eran dos alados demonios emergidos de los escombros; acaso los espíritus de la destrucción y de la ruina, que volvían contra sí mismos su rabia asoladora.

En el traspatio, callado, solitario, no se oía más que el ruido sordo de los aletazos; los graznidos anhelosos y breves; el tas, tas, tas de los picos ávidos sobre los duros cráneos, y el arrastre de las plumas erectas y las rígidas uñas sobre las piedras ásperas... Del otro lado del tapial subían vagamente los hondos ronquidos del motor, largos y espaciados, como si la muerte, atenta, marcara en su tambor fatídico el ritmo agonizante de lucha tan macabra.

En el horno, la hembra, mirando acaso con ojos distraídos el fatal holocausto que se celebraba en sus aras, soñaba con el advenimiento de sus polluelos...

VII

Así trascurrió el día.

Al siguiente, los combates, más bien los encuentros, degeneraron en una ejecución odiosa perpetrada en el débil, ya casi inerme, exhausto ya, por el fuerte, por el victorioso, trocado ahora en un simple verdugo que ultimaba sin enojo y sin prisa, a la víctima que el Destino le señalara. El infortunado animal no hacía ya por defenderse. Se dejaba matar; más exacto, se hacía matar. Cuando el instinto de la vida—tan poderoso e irreductible—cuando el dolor, el grito de la carne se imponía; la pobre bestia se alejaba arrastrándose, como en busca de salvación. Mas luego, su voluntad de morir, su inquebrantable resolución de morir predominaba, y volvía a provocar a su enemigo, acercándose al horno; para que su odio, si acaso ya, apagado, se reavivara con los celos, se reinflamara en ira, en rabiosa sed de exterminio... y acabara pronto su martirio.

Ahora veía yo, a la siniestra luz de una

tardía comprensión, cual era, en fin, el secreto de este drama que al principio juzgué despreciativamente. El vencido, aquel que iba a morir, realizaba un designio. Nunca se imaginó vencer; sabía que era el más débil, y que su enemigo triunfaría. Estaba cierto del resultado, y lo aceptaba; más bien lo provocaba y dirigía.

Lo que él deseó, lo que él anheló con ardoroso deseo irrefrenable, fué morir!... morir *por ella*, por su amor... ofrendar la vida a su pasión, a su sueño, a su ideal...

Expiraría ahí, ante sus ojos, cerca de ella, a fin de que *le viera* morir!... a fin de que ahora... más tarde... alguna vez, ella comprendiera, sintiera que *él la había amado*... y que, pues no había para él esperanza, no podía, *no quería* vivir...

* *

Murió al otro día por la mañana, a los nueve de lucha y de suplicio.

Los niños le vieron caer bajo el granado, un poco más allá del centro del traspatio, en un sitio que podía verse desde adentro del horno, a través de las grietas.

Ya no se levantó más.

El otro, cuando advirtió que su rival había muerto, se alejó lentamente, cansado, con arrastrados movimientos que parecían revelar un tedio hondo, una suprema necesidad de reposo. Se estuvo por ahí, en un rincón algunas horas, y luego, aleteando pesadamente, alzó el vuelo y se fué...

VIII

QUIERE que hagamos una hoguera, y lo quememos? propuso el mayor de los niños.

—Sí, respondí; hagamos una hoguera, quemémosle, y...

—Y enterramos las cenizas...

—Debajo del granado, añadió el pequeño, ahí donde murió.

—Ahí fué enterrado, purificado por el fuego su oscuro cuerpo inmundo, así como su alma se había purificado por el dolor. ¿Acaso no tenía bien ganado el derecho de que no se le viera ya como un triste devorador de carroñas, sino como un heroico pájaro, digno de alcanzar la gentileza, el canto y el color?

Ahí quedó, apacible y feliz, bajo el follaje tenue y luciente del granado, cuyas flores ardientes, que son como llamas florecidas, sintieron acaso, el deseo de caer deshojadas sobre el lugar en que reposa...

¿La zopilota? Siguió en su guarida, calentando sus huevos, un día y otro día, hasta que, uno de tantos, se fué para no retornar.

El menor de los niños, dominado por la curiosidad, iba a escondidas a examinar los huevos cuando el animal se alejaba, y en una de tantas veces, se le cayó uno sobre el nido, agrietándose levemente. El otro huevo se *vaneó*, al decir de ña Juana, «causa estarlo jugando», y entonces la madre, advertida por su instinto infalible, abandonó el nido, ya infecundo e inútil.

IX

SURGIERON con el tiempo, en torno a la memoria de este suceso, filosofías muy diversas. Ña Juana, comentando el asunto con unas campesinas, paisanas suyas, supersticiosas y fantasistas como buenas montesas, vino a caer en la cuenta de que «los mentados zopilotes», no eran tales, sino dos brujos que se malquerían de ya tiempos, y habían venido a dirimir sus antiguas querellas, transformados en zopilotes, en aquel traspatio desierto y escombroso. Quién sabe qué percance, de esos que suelen acaecer a los brujos, les impidió recobrar su primitiva forma, y entonces, imputando cada uno al otro aquella desgracia tremenda, cayeron en un negro e implacable aborrecimiento, que sólo podía apaciguarse con la muerte de uno de los dos.

Por lo que hace a mí, el extraño suceso me llevó a reflexionar una vez más sobre aquella doctrina de Schopenhauer, que atribuye la transformación del reptil en pájaro, al de-

seo ardiente y sostenido; a la fe que trasciende a plegaria, a la plegaria que irradia esperanza, a la esperanza que cristaliza en voluntad, a la voluntad que se condensa en acción. La cual doctrina, si ha de ser admitida, sería aplicable a la transformación de todos los seres; no sólo de un género en otro, sino de una especie en otra especie, y de un individuo en otro individuo.

La misma dinámica misteriosa que hizo de un oscuro reptil un pájaro, señor del color y del canto, haría de un trozo de carbón, un diamante; de un bloque de granito una palmera del desierto; de un hongo triste y venenoso, una orquídea resplandeciente; de una oruga una mariposa... cada uno según la pureza, la intensidad y la perennidad de su aspiración.

Ahora bien, ¿no cabía suponer, en este caso, que aquel infortunado avechicho, que murió de manera tan gentil y heroica, había vivido en un mundo de pensamientos muy ajenos a los que deben ser habituales en sus semejantes? Quien sublimó su amor con el sacrificio voluntario de la vida, ¿pudo vivir sólo entregado al torpe y rastrero deseo del hartazgo, a la aspiración única de encontrar

más bazofia y mayor carroña? ¿Cómo, en una voluntad y una imaginación tan viles, podría germinar y mantenerse designio tan alto y desprendido como el de ofrendar la existencia en las aras de un ser adorado?

Y si la llama que habitó en él, merecía, y alcanzaba más tarde, encarnarse de nuevo y volver a palpitar en una forma alada, ¿sería ésta, otra vez, la de un infecto devorador de pestilencias...?

Acaso, pensé, he comprendido sólo a medias el pensamiento del filósofo de Alemania, y en consecuencia he juzgado mal a unos animales que tal vez sean dignos de respeto y hasta de cierta gratitud.

Y me dí a imaginar, que allá en el principio de las edades, cuando nuestras regiones del Trópico no eran sino inmensos aguazales, pantanos anchurosos y praderas sin fin, donde surgían del suelo cenagoso, lujuriantes y venenosas yerbas; cuando una intensa vida animal, por nada reprimida, esparcía a cada momento sobre el terreno millares de cadáveres gigantescos que entraban en violenta putrefacción, miasmatisando el aire y haciendo imposible la existencia de seres superiores... surgió, por ventura, en la mente de

una humilde especie de reptiles, la idea de que sería necesario un agente de fuerza destructora muy grande, capaz de consumir y transformar, con la violencia y la eficacia de la llama, la inmensa cantidad de detritus animales que apestaban la atmósfera, para que fuera posible la vida de seres más hermosos y más felices... Y que fueran ellos, los inmundos hijos de la ciénaga, quienes, tomando para sí la carga de purificar el suelo, sepultando los muertos en sus propias entrañas, enfocaron su aspiración centenares y millares de años sobre aquel pensamiento, hasta que su generoso designio acabó por cumplirse.

Recordaba, a propósito, las bellas páginas de Michelet, cuando describe el aura o zopilote, levantándose con el alba, y entregándose fervorosamente a la faena diaria y heroica de limpiar de inmundicias el suelo, para que los indolentes hijos del Trópico, puedan seguir su vida de habladerías y devaneos...

Cada aura, dice, es un pequeño crematorio, capaz de consumir diariamente tres veces su volumen. Su oficio es devorar, consumir, transformar. Su cuerpo, crisol siempre encendido, devuelve instantáneamente a la tierra,

ya en forma inofensiva y asimilable, los restos cadavéricos que, de otro modo, bajo la acción volatilizante del sol y de las aguas, se volverían un foco perenne de venenosas emanaciones.

De ser así... ¿por qué no podría ser así...? de ser así, meditaba yo, estos despreciados animales vendrían a ser entonces los verdaderos mantenedores de la vida en el Trópico, y cada uno de ellos, digno de ser simbolizado por el Hércules Griego...

Y entonces, ¿por qué no concebir que alguno de ellos fuera capaz de ofrendar su existencia a un ensueño de amor, si ya desde los orígenes de su especie fueron todos heroicos voluntarios de un sacrificio imponderable?

ADMITO que las emociones de tristeza y de sorpresa que suscitara en mí aquel extraño drama, fueron causa de estos y otros fantaseos, (pues no pretendo darles otro valor que el de simples vaivenes de mi fantasía) que, acaso, no valdrán más, en suma, que la supersticiosa interpretación de la señora Juana, que lo explicaba todo atribuyéndolo a brujería. Al cabo, una y otra versión se apoyan en construcciones imaginarias y deleznable, como suelen ser casi siempre las de la filosofía y de la magia.

Por lo que hace a los niños, de quienes no sería cuerdo esperar, en un asunto de esta naturaleza, nada que fuera lógico, verosímil, ni siquiera congruente, inventaron algo propio de cuentos de hadas, enteramente infantil, e indigno de ser tomado en serio por quien busque una explicación racional de aquel extraño caso. Si lo refiero, es porque, bien mirado, no vale menos que la supersticiosa interpretación de la señora Juana, ni que mi

pedantesca divagación filosófica. Y en cambio, tiene el mérito de que no la forjaron adrede, sino que nació y fué creciendo lenta y espontáneamente en su imaginación, con la ingenuidad y la gracia con que nace y se exfolia una flor.

Contaban, pues, los niños, que al año justo de la muerte y cremación del zopilote, y de su entierro bajo la sombra tenue del granado, vino a posarse y a cantar en una de sus ramas una gentil calandria, que todas las mañanas, a la misma hora, cuando ya el sol argenta el oro matinal de los follajes, llegaba como una luz alada, y que tras de saltar de rama en rama, regando sobre las hojas sus modulaciones cristalinas, desaparecía surcando el aire como un rayito de oro.

Y, decían, como nunca antes viniera el pajarito, era seguramente, el alma del zopilote, transformado en calandria, que venía a contar su amor y su dolor a las ardientes flores del granado.

—Y, si no, decía el pequeñín, fíjese que desde que viene la calandria, el sitio donde enterramos el zopilote siempre está bien lleno de flores.

Ante aquella grave afirmación, yo sonreía,

y callaba prudentemente; pues si mi boca hubiera insinuado una palabra sabia para desvanecer el error de los niños, mi corazón habría querido hablar también...

¿Y quién sabe qué indiscreciones habría cometido...?

Marzo de 1921.